

Miradas femeninas de Afganistán (2)

Vida y muerte de los treinta travestis que bailan en las bodas y fiestas afganas

Manicura y talibanes



GUILLERMO CERVERA

Contra todos. Zabi, justo antes de bailar en el reservado de un restaurante putrefacto del mercado viejo de Kabul

PLÁCID GARCIA-PLANAS

Kabul
Enviado especial



Zabi muestra su mano al reportero.

Tiene algunos anillos y dos largas uñas rosas que sobresalen de sus dedos meñique y pulgar.

—¿Por qué te recortas las uñas de los tres dedos centrales?

—Para poder cerrar bien el puño y pegar mejor —responde—.

Zabi vuelve a extender la mano para señalar las cicatrices de navaja que se dibujan en su muñeca, entre sus dedos: no es fácil ser travesti en Afganistán.

Nació hace 24 años en Herat, toda su familia —explica— murió en las últimas guerras, y es uno de los treinta chicos afganos de

Kabul —más travestis que transformistas— que bailan en bodas y fiestas vestidos de mujer.

Este grupo de chicos se han hecho travestis libremente, porque en Afganistán existe otro fenómeno: niños convertidos en *bacha bereesh* (chicos sin barba) por la fuerza, obligados de pequeños a bailar en fiestas vestidos de niña y a prostituirse. Es una costumbre sórdida y ancestral muy extendida por el país de las burkas, condenada tanto por los talibanes como por las organizaciones humanitarias internacionales. En Afganistán todo el mundo sabe lo de estos niños y nadie dice nada: todo tapado con una burka de silencio.

—¿Te consideras hombre o mujer? —pregunto a Zabi—.

—Estoy en un punto medio —responde—.

—¿Tienes novia?

—Novio. Él es muy fuerte.

En el último año, de ese círculo de treinta travestis han matado a dos. A uno —dice Zabi— le quitaron la vida en la misma boda donde actuaba, y al segundo, al salir de otro casamiento.

—Vivimos con mucho miedo. Nunca vamos solos por la calle.

A Zabi le han intentado pegar, atacar, apuñalar y violar muchas veces. Antes, durante y después de las bodas. Porque tan arraigada está en Afganistán la costumbre de pagar a travestis para que bailen danzas tradicionales en fiestas —Zabi, en temporada alta, actúa hasta cinco días a la semana— como cargárselos a lo bestia después del festejo.

—¿Te defiendes?

—¡Claro! Cuando lucho lo hago como un macho.

En un país en guerra desde hace tres décadas, donde prácticamente todo el mundo sufre algún tipo de injusticia, que degüellen a un travesti es lo de menos.

—Todo Kabul me conoce. También actué en Jalalabad y Mazar-

Dos travestidos han sido asesinados en el último año después de haber actuado en dos bodas

i-Sharif. ¡Soy tan fácil de localizar! —suspira—.

Zabi actúa hoy en la zona del mercado viejo de Kabul. Baila en el reservado de un restaurante putrefacto con ventanas aboca-

das a un cruce inundado de burkas y turbantes. Hay poca gente en el reservado. Todo muy discreto. Todo en el borde de un precipicio. Todo —bienvenidos a Afganistán— bastante alucinante: al otro lado de la pared, de la misma pared, en el extremo del restaurante, hombres barbudos y piadosos van rezando sus plegarias ante una alfombra tejida con la silueta de La Meca y su Kaaba.

—Soy una de las tres mejores de Kabul —afirma Zabi con orgullo de artista—.

—¿Y si los talibanes vuelven al

Zabi adora las burkas: si no se las pone de vez en cuando, es por miedo a que la policía lo detenga

poder? —le pregunto—.

—Me pondré una burka y me escaparé —responde—.

La relación de Zabi con las burkas es también inversa: lo que más le gusta comprar y ponerse son pantalones ajustados, comenta, pero adora las burkas como adora a Michael Jackson. Se pondría una burka muy a gusto de vez en cuando; y si muchas mujeres afganas la llevan por miedo, Zabi no se la pone también por miedo. Un amigo suyo la lucía y la policía lo arrestó. De hecho, las autoridades castigan su uso por los hombres porque mucho gángster afgano aprovecha la burka para hacerse invisible.

El baile *underground* en el restaurante putrefacto termina como tiene que terminar: mal. Al parecer, el encargado no ha dicho al dueño que en el reservado actuaba un travesti, y al dueño, enfurecido, le ha faltado un milímetro para echar a Zabi del local a culatazos de kalashnikov.

—Lo dice el Corán: los que matan a gente como esta tienen un lugar reservado en el paraíso —comenta un pastún llamado Bashir mirando la fiesta acabar como el rosario de la aurora—.

—¿Quieres que añada algo más en el reportaje? —pregunto a Zabi ya en la calle—.

—Sí. Que alguien me saque de este país.●

Abdulah amenaza con retirarse y dejar a Karzai solo en las urnas

KABUL Enviado especial

En Afganistán no hay campaña electoral: sólo un intenso pulso de despachos entre fuerzas que intentan sacar el máximo sin tener que acudir a las urnas.

Desde que la comunidad internacional —abrumada por el fraude en la primera vuelta de las elecciones presidenciales— convenció a Hamid Karzai de que

convocara una segunda vuelta para el 7 de noviembre, en Afganistán no ha habido ni mítines ni carteles por las calles. El presidente Karzai y el líder opositor, Abdulah Abdulah, se están presionando a puerta cerrada, y ese pulso llegó ayer a su punto de máxima tensión al insinuar Abdulah que retira su candidatura.

Hace una semana, el líder opositor exigió al Gobierno que, para

combatir el fraude y la corrupción, destituyera al jefe de la Comisión Electoral y a tres ministros y permitiera la presencia de sus interventores en los colegios electorales. Abdulah —ex ministro de Exteriores de Karzai— dio al presidente un plazo que expiró ayer para cumplir esas condiciones. Y de las tres, sólo la tercera se ha cumplido: Karzai ha dado luz verde para que 20.000 miem-

bros del equipo de Abdulah sean acreditados como interventores en la jornada electoral del próximo sábado.

Abdulah dejó ayer que uno de sus consejeros soltara la *bomba*: “Hemos decidido evitar participar en las elecciones (...) Queremos que nuestros seguidores se queden en casa y no participen en las votaciones, pero eso no significa violencia”. Un anuncio que no es oficial: el líder opositor tiene previsto anunciar su postura este fin de semana, probablemente hoy, y con la maquinaria diplomática estadounidense echando humo para buscar un consenso entre los dos candidatos.

En la primera vuelta de las presidenciales, el 20 de agosto, Karzai se impuso oficialmente con el 49,67% de votos válidos frente al 30,59% de Abdulah. Pero la Comisión Electoral se vio forzada a convocar una segunda vuelta tras anular cientos de miles de papeletas, lo que impidió al actual presidente su mandato, ya que no superó la barrera del 50% de los votos.

Según Democracy International, un prestigioso grupo estadounidense que observa los procesos electorales, casi un tercio de los tres millones de votos que Karzai recibió en la primera vuelta fueron fraudulentos.●